

La revisión del proceso de Jesús

Justificada sensacionalidad ha provocado la iniciativa de revisar el proceso de Jesús.

Un abogado holandés, de origen israelita, se ha dirigido al nuevo gobierno de Israel y le ha formulado la categórica demanda de que someta a revisión el proceso de Jesús.

¿El proceso de Jesús! ¿Qué otro acontecimiento podría encontrarse de tantas proyecciones históricas? ¿Qué otro proceso más arbitrario e injusto?

Se comprende el revuelo que ha causado la noticia. Revisar ese proceso equivale a aplicar la mano al núcleo mismo de la historia. Aquí, entre nosotros, diversos diarios se han hecho eco de la noticia y alrededor de ella han entretendido comentarios y hasta abierto encuestas. Lamentablemente, tan poca seriedad han revestido la mayor parte de las respuestas, que causa admiración y levanta protestas. ¿Cómo es posible que un proceso tan minuciosamente investigado y tan sólidamente apoyado en documentación histórica suscite reflexiones tan baladíes, cuales son las que echó a volar gran parte de nuestra prensa?

La proximidad de la Semana Santa nos está invitando a ocuparnos de este tema. Año tras año, la Cristiandad entera consagra precisamente esos días — que por lo mismo se llaman “santos”— a conmemorar con recogida piedad e íntimo patetismo las horas duras de aquel proceso que culminó entre arreboles de sangre y rachas de pasión.

Sentido de la revisión.

Del sentido que se le pretenda dar a esta revisión, depende, en gran parte, el juicio que la misma se merece.

En efecto: habría una revisión de mal género: aquella, por ejemplo, que pretendiera desmontar pacientemente las piezas del proceso y reconstruirlas de nuevo, con ánimo de justificar a los Sinhedritas o a Pilatos. Tal pretensión tropezaría con el cúmulo de patentes testimonios contenidos en los Evangelios y en la más genuina tradición histórica. Más descabellada resultaría aún y para la conciencia católica, sacrilega— la pretensión aquella que intentara arrojar sombras de culpabilidad sobre la límpida y luminosa conducta de Jesús. Aquella que quisiera hacerse cómplice de las acusaciones que entonces vibraron por los aires pasionales el día de la gran tragedia y con las cuales se motejaba a Jesús de sedicioso o agitador de masas. Hoy por fortuna, aun los mismos enemigos de Jesús, le rinden cumplida pleitesía a su deslumbrante grandeza moral, llegando a reconocer en Él al Apóstol magnánimo que, a través de incompleciones y vejámenes, supo sacrificar su vida en aras del más puro ideal de humanidad. ¿No llegan a disputar para sí la gloria de su figura aun los mismos comunistas, esforzándose por presentarlo como el redentor de los proletarios? No tendría sentido este género de revisiones ni es lo que pretenden los israelitas que han lanzado la iniciativa. No aspiran a justificar ni a Pilatos ni a los Sinhedritas.

Pretenden, sí, que el gobierno del nuevo Estado de Israel proclame oficialmente la inocencia de Jesús, anulando así el acto de los entonces gobernantes y mentores del pueblo hebreo.

Pretenden, sobre todo, (ya que lo anterior se cae de su peso y es innecesario) descargar a Israel del pesado fardo de

responsabilidad que durante veinte siglos viene pesando sobre sus hombros, al ser calificado de pueblo deicida

Para ellos, la muerte de Jesús fué un crimen imputable a las autoridades romanas y a los jefes espirituales de Israel; en ninguna forma, al pueblo en cuanto tal.

Una interesante obra de un hijo de Israel

En este sentido de librar a Israel de su responsabilidad histórica y plurisecular, así como del cúmulo de odios adyacentes, acaba de publicar en Francia un interesante estudio Jules Isaac, hijo del pueblo hebreo. Dió origen al libro la dolorosa circunstancia de hallarse su autor recluido en un campo alemán de concentración el tristemente célebre de Auschwitz. Vivamente impresionado Isaac de la vandálica carnicería hitleriana, que se cebaba en las indefensas masas judías, se dió a pensar en el remoto origen de esa actitud destructora. Y lo creyó encontrar en el odio inveterado que los pueblos cristianos han ido acumulando alrededor del nombre de judío, precisamente por haber sido los judíos los que rechazaron y condenaron a Cristo. En consecuencia, se dió a reivindicar a su pueblo de lo que él considera calumnia histórica y leyenda negra.

Sobra decir que no compartimos el punto de vista, que dió origen al libro. Creemos simplemente que el caso de los judíos es infinitamente más complejo y que en él intervienen múltiples factores, sobre todo económicos y políticos. Y tratándose en concreto de la persecución judía desencadenada por Hitler, ni remotamente se puede admitir que este encarnizado enemigo del Cristianismo haya procedido impulsado por celo de la causa cristiana!

Trata de probar el autor israelita que el pueblo hebreo, en cuanto tal, no rechazó a Cristo durante su vida pública, antes por el contrario, que lo acogió como a su rey. Emprende la difícil tarea de demostrar que, a la hora decisiva de la pasión, el pueblo sencillo y creyente de Israel no fué responsable de la sentencia de muerte de Jesús.

Entre los argumentos que aduce algunos denotan cierto derroche de ingeniosidad. Otros sólo prueban que hubo atenuantes. Otros finalmente, son inadmisibles, ya que rechazan de plano y sistemáticamente aquellos testimonios que le

resultan comprometedoras. Así, por ejemplo, el autor, no dudando en tildar a San Juan de culpable intencionado de esa leyenda negra que viene gravitando sobre el pueblo judío, pone en tela de juicio su testimonio y lo impugna como inexacto y parcial. Y así por el estilo.

En medio de estas lagunas ideológicas, no deja de resultar elocuente la obra de este israelita que, sin ser creyente de ninguna religión, se esfuerza por reconciliar a su pueblo con Aquel que él considera como la gloria máxima y el más preciado de los hijos de Israel. Jesús de Galilea.

Ni deja de ser elocuente el urgente llamamiento que hace a la conciencia cristiana hacia una mayor comprensión y ecuanimidad ante el pueblo judío, lo cual es, en el fondo, un llamamiento hacia el verdadero espíritu cristiano. No más odio ni rencores! Inaugúrese ya una nueva era de acercamiento y colaboración, y comience a reconocer el pueblo cristiano cuánto debe al judío, y la iglesia a la Sinagoga. En este sentido se esplaya el autor traza un brillante panegírico de Israel y pondera el fuerte influjo que ejerció en la fundación y propagación del Cristianismo, ya que hijos del Israel fueron: Jesucristo, sus primeros apóstoles, sus primeros fieles adherentes y ya que a través de las comunidades judías de la Diáspora comenzó a difundirse el Cristianismo.

La posición de los católicos ante el proceso de Jesús.

Frete a esta interpretación que pretenden dar al proceso de Jesús determinados grupos de israelitas de nuestros días, se delinea la interpretación cristiana, que arranca de los mismos días del proceso.

Segun ella, tuvieron directa responsabilidad en la muerte de Jesús los Príncipes de los Sacerdotes (el Sinhedrio) que lo condenaron por "blasfemo", el representante del poder romano-Poncio Pilatos—que lo condenó por cobardía; el pueblo judío reunido ante el pretorio, al vociferar "crucifícale" y al proferir la imprecación de que la sangre de Cristo recayera sobre ellos y su descendencia fórmula equivalente al reconocimiento de la plena responsabilidad.

Apenas resucitado Jesús, San Pedro expone diáfananente el sentir de la nascente Iglesia respecto del proceso de Jesucristo. Recuerda que los Príncipes de

los Sacerdotes lo entregaron y expresamente achaca al pueblo allí reunido su participación en la muerte de Jesús:

"El Dios de Abraham, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob, el Dios de nuestros padres ha glorificado a su hijo Jesús, a quien vosotros habéis entregado y negado en el Tribunal de Pilato, juzgando éste que debía ser puesto en libertad. Mas vosotros renezáis del santo y del justo, y pedisteis que se os hiciese gracia (de la vida) de un homicida. dísteis la muerte al autor de la vida ." (Actos de los Apóst 3 13)

Idéntica interpretación ha venido atribuyendo la tradición cristiana a través de los siglos y la Iglesia en su liturgia. Baste recordar el impresionante dramatismo con que Esta presenta los llamados "improperios" del Viernes Santo. En un diálogo doloroso, el Mesías se enfrenta con su pueblo escogido. al lado de los beneficios que El le ha concedido, va enumerando la pésima correspondencia de su pueblo. Allí se subraya que fué Israel, su Pueblo, el que lo martirizó y crucificó "¿Qué te he hecho, Pueblo mío? Respóndeme" con este sublime estribillo se cierra cada una de las frases de Jesús

Entre los intérpretes católicos, tanto antiguos como modernos, existe verdadera unanimidad en el enfoque de este hecho histórico. Todos admiten la culpabilidad del pueblo de Israel.

Atenuantes.

No obstante lo dicho, cabe invocar ciertos atenuantes que obran en favor de Israel, y que los católicos son los primeros en reconocer

El máximo atenuante lo esgrime el mismo Cristo en la cruz, al suplicar al Padre que perdone a sus enemigos "porque no saben lo que hacen". Prolongando esta voz del Maestro, también San Pedro repite en su primer discurso la misma afirmación llena de cristiana caridad. "ahora bien, hermanos, yo bien sé que hicisteis por ignorancia lo que hicisteis, como también vuestros jefes" (Actos de los Apóst, 3, 17)

Si es difícil excusar a los Doctores de la Ley, concededores de las profecías, resulta más fácil atribuir a engaño, a ignorancia, la actitud del pueblo judío.

Guiado por cencóres ciegos, rebosantes de pasión, se dejó seducir un instante por el espejismo de una autoridad religiosa desbordada y unió sus voces al coro sacrilego de escribas y fariseos que reclamaban la muerte de Jesús. Siempre el pueblo será pueblo y retendrá, en parecidas circunstancias, su psicología de "masa": es voluble, versátil e inflamable. Es del último pastor. Antes aclamó a Cristo, bajo la fascinación de su palabra y el resplandor de sus milagros, ahora lo condena, empujado por la perfida maquinación de sus jefes religiosos. Fué, pues, una de esas acciones colectivas, en la que la responsabilidad individual quedó algo diluida en la brutal psicología de una masa incandescente y frenética

Existe, además, otro atenuante. ahí no estaba todo Israel. Para entonces, la mayor parte del pueblo hebreo no vivía en la Palestina, sino en la Diáspora. mal pudo, por consiguiente, condenar a Cristo "todo Israel". Ni siquiera lo condenó el Israel que habitaba en la Palestina. Porque no todo el pueblo estaba aquel día en Jerusalem, ni todos los que estaban en Jerusalem tuvieron siquiera tiempo de dictaminar en el proceso. fué éste algo tan rápido, tan fulminante! Uno de esos procesos gestados largamente en la sombra sacrilega, pero ejecutados pasionalmente, de prisa, con el vértigo y brutalidad caótica propios de toda pasión

¿Habrá lugar a una revisión?

En presencia de esta posición de los católicos, tan firme y concreta, ante el proceso de Jesús, nos preguntamos: ¿cabrá una revisión?

Desde luego, la creemos improcedente si con ella se pretende modificar fundamentalmente esa posición católica ante el hecho histórico.

Efectivamente. no se trata de una posición arbitraria, parcial o interesada: se trata de algo sólidamente fundado en los documentos más fehacientes para una conciencia cristiana los Evangelios, de algo que está avalado por testimonios oculares desde los luctuosos días del proceso. ¿Qué documentos podrían acuciarse en nuestro siglo que pudieran invalidar el peso de tanta autoridad histórica?

Pero si no hay lugar a una revisión en el sentido estricto de la palabra, si creemos en la oportunidad de una precisión de términos cada vez mayor al ex-

poner el proceso de Jesús. Porque al hablar en general y sin distinción del "pueblo judío" que condenó a Jesús, incluimos en esa denominación a todo Israel, haciéndolo solidario del decido. Y como hemos observado antes, ni todo Israel estaba en Palestina, ni todos los que estaban en Palestina ni en Jerusalem fueron culpables. Ante el pretorio de Pilatos sólo pudo tomar parte activa y culpable una minoría de aquel pueblo.

Por lo demás, esta imprecisión de lenguaje no obedece a malevolencia de los cristianos, siendo como es una de tantas formas usuales de expresar el pensamiento humano. Fácilmente generaliza el hombre y toma la parte por el todo. Así por ejemplo, es común atribuir a todo un pueblo lo que en realidad es obra de sus gobernantes. Si éstos se cubren de gloria, el pueblo resulta "heróico". Pero si aquellos perpetran ignominias, el pueblo es execrable! Se afirma, por ejemplo, que "Alemania declaró la guerra a Rusia", cuando, en realidad, fué sólo Hitler quien la declaró, rompiendo con el parecer del Estado Mayor y muy contra la voluntad del pueblo que yacía hastiado de tanto frenesí bélico. Se afirma, por ejemplo, que "los rusos tratan de extender su nefasta influencia en todo el mundo", cuando, en hecho de verdad, no son todos los rusos, ni siquiera la mayoría los que ésto pretenden, si no una vergonzosa minoría que se ha encastillado en el poder y está estrujando la savia vital de ese noble pueblo!

Otro problema distinto sería querer descargar a Israel del rechazo del Evangelio, después de la resurrección de Cristo. Pero esto, por evidente, no creemos lo haya intentado ningún israelita. Do-

loroso y trágico se impone el hecho histórico de que Israel, en masa, se hizo sordo a la predicación de los Apóstoles; trágica es la actual actitud de Israel, alejado aún de su máximo Profeta. ¿No atribuyó Cristo a esta actitud hostil y cerrada de Israel, en masa, los terribles castigos que se descargarían sobre su pueblo? Y la tradición cristiana ¿no interpretó en este sentido la aparatosa ruína de Jerusalem y el éxodo errabundo de los judíos sin patria a través de las naciones?

Conclusión.

Revítese o no el proceso de Jesús, es lo cierto que estos conatos por parte de los israelitas son para nosotros, los católicos, preciosos síntomas que debemos saludar llenos de júbilo. Ellos significan que al Israel de hoy le pesa demasiado el crimen histórico del Israel de hace veinte siglos. busca deshacerse de él; busca atenuantes. Querría que no hubiese sido lo que fué! En otras palabras Israel reniega de su pasado. ¿Qué es todo esto sino un gesto de arrepentimiento? ¿Sino un afán de justificación? Por otra parte, al fundarse el nuevo Estado de Israel, el gobierno ha declarado enfáticamente la plena libertad de cultos y no pocos recalcan hoy día que ha desaparecido el cúmulo de dificultades raciales que salían al paso a todo israelita que quera abrazar la Religión de Cristo.

¿Habrá sonado la hora de Israel? Y si la generación de entonces tuvo culpabilidad en la muerte de Jesús, ¿querría la actual lavar con su adhesión al Mesías la mancha secular que enluta a Israel?

Carlos Guillermo Plaza, S. J.
